

¿FALANGE LIBERAL O INTELLECTUALES FASCISTAS?*

Santos Juliá

Cuando se pronuncian, cualquiera que sea el orden, los nombres de Dionisio Ridruejo, Pedro Laín, Antonio Tovar, corre la imaginación hacia los últimos años treinta, los primeros cuarenta, se evoca la revista *Escorial* y se define lo que el grupo y la revista representaron durante aquellos primeros años de la dictadura con el paradójico concepto de falangismo liberal. Es ciertamente extraño que un partido político de clara adscripción fascista, pueda ser explícitamente connotado de liberal, estando como siempre estuvieron fascismo y liberalismo en las antípodas de las ideologías políticas. El fascismo no se limita a ser cosa distinta al liberalismo sino que nuclearmente lo niega: es, por definición, antiliberal. Sin embargo, en España, donde nada original se ha aportado a las ideologías políticas contemporáneas, se habría dado esa cuadratura del círculo que consiste en fundir fascismo y liberalismo. Ahí está el grupo Laín-Tovar-Ridruejo, ahí está la revista *Escorial*, para demostrarlo.

Esta invención del sintagma "Falange liberal" y esta mirada a *Escorial* como paradigma de revista liberal no es de hoy; ni siquiera es de esos productos que se suelen atribuir a la transición, como si un presunto olvido del pasado hubiera vuelto, en la lejanía, a todos los gatos pardos y, por tanto, a un selecto grupo de convencidos fascistas en liberales. El sintagma "falange liberal" es más antiguo, viene de las postrimerías de los combates ideológicos entre lo que Ridruejo bautizó como "excluyentes" y "comprensivos", esto es, entre su propio grupo y los intelectuales del Opus Dei reunidos en torno a Rafael Calvo Serer, se reafirmó en el segundo tramo de la dictadura y recibió carta de naturaleza cuando distinguidos filósofos políticos, no siempre, aunque sí en algunos casos, procedentes de la filas de Falange o del Movimiento, lo emplearon como obvia definición del grupo. Carlos París, en su contribución a *La España de los 70*, se refería a las personalidades del equipo ministerial formado por Joaquín Ruiz Giménez en 1951, Laín, Tovar, Pérez Villanueva, como miembros del grupo que "en correspondencia con el signo de la revista *Escorial* desarrollaba un falangismo liberal". Es esta misma expresión, falangismo liberal, la que utiliza, entrecomillada, Elías Díaz cuando se refiere a la más distinguida trinidad de la intelectualidad de Falange. Y Juan F. Marsal evocaba con idéntico sintagma el momento en que tomó contacto con la corriente "que luego se ha llamado falangismo liberal y que auspició el ministerio de Ruiz-Giménez". Marsal consideraba difícil que alguien pudiera

* Publicado en *Claves de Razón Práctica*, 121 (abril 2002) 4-13.

entender como elemento liberalizador el orteguismo joseantoniano, pero había que trasladarse al punto en que él, y otros como él, se situaban para comprenderlo de inmediato. Era, por tanto, una cuestión de perspectiva la posibilidad misma de resolver la aparente contradicción de ser falangista a la par que liberal¹.

Una cuestión de perspectiva que, lógicamente, le faltaba al grupo en 1938 cuando saltó por vez primera a la escena pública para hacerse cargo de los "servicios nacionales" de prensa y propaganda de la dictadura instaurada en la guerra civil. Por supuesto, adquirir una perspectiva es sólo cuestión de distancia y de tiempo e, inventado el sintagma, algunos relevantes miembros del grupo no dudaron en mirar hacia atrás sin ira -aquellos que en efecto miraron- calificando su empresa y su momento como el de una Falange liberal. Ya en 1968, Pedro Laín había postulado un "liberalismo intelectual" como característica propia de ciertos sectores de la primera Falange, la de 1936. Para Ridruejo, que no vacilaba al definir a Falange como fascista y al afirmar que fascistas eran también sus afiliados, lo liberal indicaba un talante que se habría extendido entre "los confesos de ideología fascista"². Luego, en las memorias de los implicados, esta relevancia de lo presuntamente liberal de un sentimiento, de un talante o de una actitud, dejará más que en la penumbra, en el olvido, la carga fascista de Falange Española. Así, por ejemplo, Moure Mariño, compañero de Tovar en el departamento de Radiodifusión del servicio nacional de Propaganda, asegura que quienes coincidieron en Burgos durante las exaltantes jornadas de la guerra -Tovar, Foxá, Martín Almagro, Agustí, Martínez Santaolalla, él- "éramos, en el fondo, hombres liberales". Tan liberales eran que "no flotaba sobre nuestras almas ni un solo poso de doctrina autoritaria". Si adoptaron "la postura que adoptamos" -que Moure no define- se debió a la situación histórica. Cambiada la situación, aquel fondo liberal sobre el que no pesaba ningún poso de totalitarismo emergió de nuevo a la superficie³.

Más claro lo ha escrito Emiliano Aguado, ratificado por José María García Escudero: "veníamos del liberalismo y al liberalismo volvíamos". Los que no comprendan esta profunda verdad de la biografía colectiva del grupo serán, para García Escudero, no más que gentes aferradas a tópicos usuales. Para quien no esté aferrado a tópico alguno, con sólo evocar los nombres de, por ejemplo, Eugenio Montes o Rafael Sánchez Mazas, dejará de ser desconcertante el fenómeno del "neoliberalismo falangista", cuyo "espíritu de integración cultural" echó profundas raíces en el mismo García Escudero, afiliado a la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y cercano al Opus, lo que le proporcionaba una privilegiada posición para desarrollar ese espíritu de integración. Desconcertante no lo era tampoco para Gonzalo Torrente Ballester, que hizo su primer conocimiento de Tovar en aquella

¹ Carlos París, "La Universidad", en M. Fraga, J. Velarde y S. del Campo, coords., *La España de los 70*, vol. III-2, pp. 541-542; Elías Díaz, *Pensamiento español en la era de Franco* [1974], Madrid, 1983, p. 63; Juan F. Marsal, *Pensar bajo el franquismo*, Barcelona, 1979, p. 10.

² Para Laín y otros antecedentes, Susana Wahnnon, *La estética literaria de la posguerra: del fascismo a la vanguardia*, Amsterdam, 1998, pp. 114-121; de Ridruejo, declaraciones para *La Actualidad Económica*, 10 julio 1971, en *Casi unas memorias*, pp. 438-439.

³ Luis Moure Mariño, *La generación del 36. Memorias de Salamanca y Burgos*, A Coruña, 1989.

"Prensa y Propaganda" de 1938 y que fue con Laín al departamento de Ediciones: un grupo casi de muchachos, cuyo pensamiento, "diverso en el matiz individual, coincidía en cierto humanismo, liberal en las cosas del espíritu, y radical en materia económica"; y que replegados tras su fracaso político, decidieron editar *Escorial*, una revista, tal vez no en su fachada, pero sí en su corazón liberal. ¿La prueba? Una extensa nómina de colaboradores -Lafuente, Maravall, Marías, Gullón, Suárez Carreño, Cossío, Camón, Zubiri, Arboleya- "de quienes nadie se atrevería a sospechar el menor contacto con el color añil". Liberalismo equilibrado, que ponía de manifiesto la presencia como secretario de redacción de Antonio Marichalar, un liberal de los de antes, de los que en tiempos de la República se habían agrupado en torno a Ortega y su *Revista de Occidente*⁴.

Liberal o fascista, los historiadores de la cultura y los críticos literarios se han dividido en su juicio sobre lo que el grupo o la revista fueron y representaron en su momento. José-Carlos Mainer la considera "una revista liberal, casi prototípica", aunque no para los dogmáticos propósitos iniciales -la propaganda de la alta manera-, sino para los resultados finales. Pero si la revista lo era, ¿cómo no habrían de serlo sus promotores?: *Escorial* estuvo sostenida por el falangismo liberal, afirma el Equipo Reseña, que define también como "sexenio liberal" los cinco mal cumplidos años, junio de 1951 a febrero de 1956, del ministerio de Educación regido por Ruiz Giménez, con Laín y Tovar de rectores de Madrid y Salamanca; los "liberalizantes de la publicación falangista *Escorial*", los llama Dámaso Santos, que alguna poesía publicó en la revista. Thomas Mermall ratifica como "núcleo del falangismo liberal" a los Laín, Ridruejo, Tovar, Rosales, Vivanco y Torrente del momento fundacional de *Escorial*, o sea 1940, y, en fechas recientes, José L. Villacañas los ha dibujado evolucionando hacia posiciones cercanas a la democracia... ¡en 1943! y, claro está, plenamente liberales en 1951, cuando entraron en el ministerio de Educación⁵. No faltan, desde luego, intelectuales cercanos al grupo, como José L. López Aranguren, que hayan señalado "la contradicción interna, el callejón sin salida del 'falangismo liberal'", ni historiadores y críticos que hayan negado la adscripción liberal de la revista para resaltar su contenido y su estética totalitarios o fascistas⁶. Será preciso, pues, seguir al grupo en sus primeros avatares y luego indagar en su ideología política, en el contenido de su empeño editorial, *Escorial*, "residencia y mirador de la intelectualidad española", y en las razones que hayan podido existir para que aquel proyecto

⁴ José M. García Escudero, *Mis siete vidas*, Barcelona, 1995, pp. 164-169; Gonzalo Torrente Ballester, "Epístola a Antonio Tovar", *Escorial*, 9 (julio 1941) p. 125; "Lo que Laín no dice de sí mismo", 8 diciembre 1965, en *Memoria de un inconformista*, Madrid, 1997, pp. 382-386, y "Escorial en el recuerdo", en *Dionisio Ridruejo, de la Falange a la oposición*, Madrid, 1976, pp. 65-67.

⁵ José-Carlos Mainer, *Falange y literatura*, Barcelona, 1971, pp. 46-56; Equipo Reseña, *La cultura española durante el franquismo*, Bilbao, 1977, pp. 147 y 151; Dámaso Santos, "Ayer y nuevamente: Ernesto Giménez Caballero", *Anthropos*, 84 (1988) p. 35. Thomas Mermall, *La retórica del humanismo. La cultura española después de Ortega*, Madrid, 1978, p. 18. José L. Villacañas, *Ramiro de Maeztu y el ideal de la burguesía en España*, Madrid, 2000, p. 422.

⁶ Aranguren, *Memorias y esperanzas españolas, Obras Completas*, vol. 6, Madrid, 1997, p. 206; de contradicción en los términos califican "Falange liberal" Javier Varela, *La novela de España*, Madrid, 1999, p. 347, y Pedro González Cuevas, *Historia de las derechas españolas*, Madrid, 2000, pp. 376-377. Tampoco tiene dudas Julio Rodríguez Puértolas cuando habla de los "grandes intelectuales de Falange", *Literatura fascista española*, Madrid, 1986, vol. I, pp. 677-729.

cultural de la España de 1940, cuando se fusilaba a mansalva tras sumarísimos consejos de guerra, haya pasado a definirse, por mor del tiempo y de la perspectiva, como un proyecto liberal.

Ante todo ¿quiénes eran? No es un misterio su nómina, aunque algunos de ellos y sus discípulos hayan preferido saltar sobre las huellas que entre 1939 y 1944 dejaron impresas en revistas y periódicos. Todos fueron personajes más o menos públicos, todos utilizaron profusamente las dos armas propias de los intelectuales, la escritura y la palabra. De todos hay rastros más que suficientes: llegaron a dominar el aparato de prensa y propaganda del nuevo Estado en construcción, que era mastodóntico aunque menesteroso, y dispusieron de revistas magníficamente editadas y de periódicos a los que no faltó papel incluso en los peores tiempos del hambre y de la penuria. Por otra parte, muchos de ellos vieron su nombre impreso en el *Boletín Oficial del Estado*: escalaron puestos relevantes en la administración, fueron directores generales, jefes de servicios y departamentos, ocuparon cátedras, no siempre, pero sí en muchos casos vacantes gracias a la depuración ejecutada desde los sucesivos ministerios de Educación, en manos católicas. Y por si faltara algo, muchos han dejado memorias escritas de aquellos tiempos, de cómo se conocieron, de qué ricas fueron las relaciones que entre todos se trabaron, de a qué proyectos tan ilusionantes se entregaron.

Su ascenso a puestos de mando o de influencia en el aparato de Falange y del Gobierno, sus luchas con las otras facciones de Falange y el resto de fuerzas de la coalición vencedora en la guerra civil siguieron trayectorias hoy suficientemente conocidas⁷. Después del decreto de unificación de abril de 1937, que fundía la Falange Española de la JONS con la Comunión Tradicionalista, el líder emergente de la nueva Falange, Ramón Serrano Suñer, acometió la empresa de fascistización del régimen para conducir el Estado campamental que había encontrado en Salamanca hasta el Estado fascista que anhelaba con aquella fe apasionada y aquel odio a Francia que en él descubrió el conde Ciano. Nadie mejor que el mismo Serrano para definir su proyecto: restitución de los días totales de la Patria, fin del espectáculo triste de la vida pública partida, de la invocación petulante y estúpida a la supremacía del poder civil propia del Estado liberal. Se trataba de "desmontar el armatoste polvoriento y arcaico del Estado liberal y sustituirlo por un Estado autoritario de integración nacional"⁸.

Este Serrano Suñer conoció en la primavera de 1937, en Salamanca a un joven falangista -no había cumplido aún los 25 años- que le protestaba cada día por el decreto de unificación, pero que acabó, con tanta protesta, prendido de su doliente pasión nacional: entre ambos nació una estimación y amistad recíproca, como la recuerda Serrano, una relación que había de convertirse en íntimamente amistosa, como lo dice Dionisio Ridruejo, que tal era el nombre del

⁷ Una reciente guía para este laberinto es Joan M. Thomàs, *La Falange de Franco. Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945)*, Barcelona, 2001.

⁸ Galeazzo Ciano, *Diario, 1937-1943*, Milan, 1994, p. 307, anotación de 5-6-7 de junio de 1939; Ramón Serrano Suñer, "Discurso pronunciado en el teatro Coliseo España de Sevilla el día 2 de abril de 1938", en *Siete discursos*, Bilbao, 1938, pp. 19-24

joven jefe de la Falange vallisoletana⁹. Cuando Serrano se hizo cargo en enero de 1938 del ministerio de Interior, refundido a final de ese mismo año con el Orden Público para formar el de la Gobernación, unificó todos los dispersos servicios de prensa y propaganda que habían florecido a la sombra de la Junta Técnica del Estado y de Falange Española, y se los llevó a su ministerio, nombrando como jefe del servicio nacional de Prensa a José Antonio Giménez Arnau y de Propaganda a su joven y nuevo amigo Dionisio Ridruejo¹⁰.

En Salamanca, en San Sebastián, en Pamplona, se habían formado durante los primeros meses de la guerra grupos de jóvenes falangistas dedicados con entusiasmo a las tareas de propaganda. A todos ellos se dirigió Ridruejo para traerlos a Burgos y desarrollar un plan "amplio y totalitario [que] apuntaba al dirigismo cultural y a la organización de los instrumentos de comunicación". Organizó su servicio en una serie de departamentos unidos por una Secretaría: Radiodifusión, Ediciones, Cinematografía, Teatro, Música, Artes Plásticas, Propaganda directa y en los frentes. A Pedro Laín, que había encontrado en Pamplona, le encomendó la dirección del departamento de Ediciones, al que se incorporaron sus "amigos para siempre" Antonio Macipe, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Gonzalo Torrente Ballester y, más tarde, Carlos Alonso del Real y Melchor Fernández Almagro. Antonio Tovar, amigo de la adolescencia de Ridruejo y alumno, como él, de los agustinos de El Escorial, se quedó con la Radio, junto con Luis Moure, Torre Enciso y Tomás Seseña. La Plástica fue para Juan Cabanas, la Cinematografía para García Viñolas y Goyanes y del Teatro se encargó Luis Escobar.

Por allí cerca andaban también los catalanes, "germinal expresión de la sincera y fallida voluntad asuntiva y superadora de Dionisio y todos nosotros": Ignacio Agustí, José Vergés, Javier de Salas, José Ramón Masoliver, que pondrán en marcha una revista con título evocador de las primeras esencias falangistas, *Destino*. Unía a todos "la animosa juventud y una relativa esperanza, a un tiempo real y autocultivada, en el triunfo definitivo de nuestra actitud frente al problema de España"; los unía, además, el entusiasmo de Ridruejo, jefe ideal, como lo recuerda Tovar; los unía sobre todo el "mando político" de Serrano, orgulloso de contar a su vera, bajo sus órdenes, con el "grupo intelectual más distinguido que haya tenido el régimen"¹¹. Juventud, fe en el ideal, exaltación religiosa, amistad honda y sincera, una tarea, una misión por delante, como intelectuales a la par falangistas y católicos, medios para culminarla; era, en verdad, en el Burgos de 1938, un grupo entusiasta, dominado por la convicción de que estaban entonces "en España como cuando los Reyes Católicos comenzaban", cuando todo había de ser hecho de nuevo y

⁹ Serrano Suñer, "La renuncia", y Antonio Tovar, "La guerra" en *Dionisio Ridruejo*, pp. 89 y 53-55; Ridruejo, *Escrito en España* [1963], Madrid, 1976, p. 25.

¹⁰ Serrano fue nombrado ministro del Interior y Secretario del Gobierno de la Nación por decretos de 31 de enero y 4 de febrero de 1938, *BOE*, 1 y 5 de febrero. Su ministerio, desligado del de Orden Público, comprendía los servicios nacionales de Política interior, Administración local, Prensa, Propaganda, Turismo, Regiones devastadas y reparaciones, Beneficencia y Sanidad. Por ley de 29 de diciembre de 1938 quedó suprimido el Ministerio de Orden Público y sus servicios pasaron a depender del Ministerio del Interior, que a partir de ese momento, y bajo la titularidad del mismo Serrano, recuperó la antigua denominación de Ministerio de la Gobernación, *BOE*, 31 diciembre 1938.

¹¹ Este párrafo se basa en los recuerdos de Ridruejo, Serrano, Moure y Tovar, citados, y en Pedro Laín, *Descargo de conciencia (1930-1960)*, Madrid, 1976, passim.

ellos, los falangistas, poseían la "heroica tensión" necesaria para que la empresa iniciada el 18 de julio no se detuviera nunca¹².

Además de los responsables de los distintos departamentos, llegaron a Burgos, como en un alud, los llamados para ocupar segundos y terceros escalones de la incipiente administración de un nuevo Estado que todavía, en enero de 1938, nadie tenía muy claro en qué habría de resultar. La indeterminación de lo que fuera a ser definitivamente no procedía, sin embargo, de que nadie tuviera ideas claras respecto a lo que pretendía, sino de lo contrario: de que había más de uno con ideas demasiado claras: los falangistas que rodeaban a Serrano, con la llegada de su jefe al ministerio del Interior, creían al alcance de la mano la institucionalización de un Estado fascista; los católicos, que se habían quedado sin partido ni sindicatos ni asociaciones varias, se refugiaban en sus jerarquías episcopales y pretendían, ante todo, la restauración de un Estado confesional; los monárquicos, sin haber decidido todavía en qué persona de regia estirpe depositar sus amores, confiaban en una pronta restauración de la institución; los militares, entre los que había de todo, fascistas, católicos y monárquicos, querían más que nada ganar la guerra y después ya se vería pero por si acaso habían depositado todo el poder del Estado y de la representación exterior del país así como la suprema capacidad legislativa en manos de uno de ellos, a quien hicieron además generalísimo de los ejércitos de terra, mar y aire y jefe del ejército de operaciones.

De manera que lo que cada cual pretendía a principios de 1938, cuando se constituyó este distinguido elenco de intelectuales falangistas, era consolidar una parcela de poder desde la que aspirar a la conquista del todo. La parcela, lógicamente, no era el todo, todavía. Pero tampoco era nada, sobre todo si se tiene en cuenta que Falange dominaba por completo la suya y podía ejercer la censura sobre las demás: publicaciones, radio, teatro... nadie podía moverse en este terreno, ni siquiera los monárquicos, a quienes no se permitió volver a editar *Acción Española*, ni en la guerra ni después; ni siquiera los católicos, que perdieron su gran periódico, *El Debate*, prohibido; que debieron aceptar en la dirección de *Ya* a un enviado del gobierno y que fueron obligados a disolver sus sindicatos y sus confederaciones estudiantiles para incorporarlas a la Organización Sindical o al Sindicato Español Universitario. No, no era un gueto al revés, un mero aderezo para el lucimiento o una reserva literaria, como lo define Laín con la nostalgia del tiempo y la distancia, lo que se reunió en Burgos en 1938; ni eran gentes cansadas, penetradas ya de la fatiga que producen las batallas perdidas; se habían incorporado voluntaria y fervorosamente a Falange y presumían de profesar de modo formal una vida militante: obediencia, prontitud, desvelo, sobriedad, distinción y hermandad¹³. Nada más lejos de la realidad que ese clima como de lejanía y sorda disidencia que se quiere proyectar sobre aquel momento, teñido más bien con los colores del alba, de la aurora, del amanecer, por emplear imágenes familiares al grupo. Sin duda, el régimen en construcción se fundaba en una coalición de fuerzas dispares, cada cual pugnando duramente por su parcela de poder; pero la

¹² Pedro Laín, "Sermón de la tarea nueva: mensaje a los intelectuales católicos", *Jerarquía*, 3 (1938); Antonio Tovar, "Cuatro conferencias sobre historia de España", Barcelona, septiembre de 1939, en *El Imperio de España*, Madrid, 4ª ed., 1941, pp. 165 y 176.

¹³ Como lo dice Laín en "Meditaciones sobre la vida militante. I", *Arriba*, 24 marzo 1942.

convicción dominante entre estos jóvenes entusiastas era que los posibles competidores políticos de Falange, los católicos y los monárquicos, estaban condenados por la historia y acabarían por desalojar las posiciones de mando que el Jefe Nacional y Caudillo de España tenía todavía a bien reservarles.

Ese era el clima de la época, en Burgos primero y luego... "¡qué ilusión y qué esperanza -bellísimas, inquietas, irrepetibles- las de aquellos primeros días de Barcelona recién conquistada!". Recordaré siempre, escribió Laín antes de recordarse como liberal, "la voz grave de Dionisio en los tremendos altavoces de la plaza de Cataluña... Era hora de completas y en medio de un aguacero diluvial corríamos Antonio Tovar y yo, solos en la gran plaza, hacia la Radio de la Rambla de Canaletas"¹⁴. Después, a partir del verano de 1939, Madrid. La seguridad de haber llegado, de haber triunfado y la expectativa de que todo lo que aun quedaba por conquistar caería como fruta madura en sus manos. De lo que se había triunfado era, claro está, del liberalismo. Es cierto que el nacionalsindicalismo se había alzado, a principios de los años treinta, contra el triple orden de realidades históricas que imperaban "sobre el haz de nuestra España", la liberal, la marxista y la contrarrevolucionaria o derechista¹⁵. Falange, esta Falange de Serrano, Ridruejo, Laín, Tovar, se definía por su anticomunismo; pero el comunismo no era para ellos sino una forma errada, y hasta cierto punto cercana, de resolver la fragmentación, la pérdida de la patria una y unida, la partición de la unidad del hombre y su destino, que había traído el liberalismo. En España, el fascismo, si impregnó a la derecha católica, quedó en no menor medida impregnado por el catolicismo: afirmándose enfáticamente como falangista y como católico cantó Pedro Laín su elegía a *Los valores morales del nacionalsindicalismo*. Y era un axioma de la doctrina social de la Iglesia, compartido por Falange, que el origen de todos los males del presente, de la división del hombre, de la desagregación y pérdida de la nación, radicaba en el liberalismo. Fue la utopía liberal, como escribirá poco después Corts Grau al celebrar que por fin Estado y Nación volvían a identificarse, la que "dilaceró en sí mismo al hombre, y, al disgregarle de la verdad, acabó por desarraigarse de su Patria, vagabundo en un Estado a la deriva". Se entiende perfectamente que una consigna de Laín fuera "No queremos transacciones liberales, no queremos catolicismo alicorto"¹⁶.

De todas formas, el triunfo sobre el liberalismo no sería pleno hasta no poner en pie el Estado totalitario. Esta era la queja de la "Falange liberal": que Franco, su jefe nacional, no se decidía a entregarles el todo. No lo hizo en enero de 1938, cuando nombró su primer gobierno, pero entonces la cosa era comprensible: se estaba en guerra, el futuro no aparecía del todo despejado y era prematuro pedir más de la cuenta. Pero tampoco lo hizo en agosto de 1939, aun si en la formación del nuevo gobierno el poder de Serrano había sido determinante. La cuestión, sin embargo, era no perder terreno y en eso sí que podían darse por satisfechos: es cierto que los militares incrementaban su poder político y estaban decididos a asumir la gestión de la economía, pero no

¹⁴ Laín, "Dionisio Ridruejo o la vida en amistad", *Escorial*, 17 (marzo 1942), p. 407. La cita sigue: "Después, Madrid, la fundación de *Escorial*, la marcha de la División Azul, las cartas desde Rusia..."

¹⁵ Laín, *Los valores morales del nacionalsindicalismo*, Madrid, 1941, p. 16.

¹⁶ José Corts Grau, "Los motivos de la España eterna", *Revista de Estudios Políticos*, 9 (mayo-junio 1943), p. 7. Laín, "Cuatro polos y cuatro dimensiones", *Arriba España*, 6 octubre 1937.

lo era menos que católicos oficiales y monárquicos de diversa procedencia se habían mostrado incapaces de acrecentar el suyo. Por el contrario, todos los pasos que se dieron a partir de la formación del nuevo gobierno se encaminaban a reforzar el poder político de Falange con la creación de una presidencia para su Junta Política, que asumirá Serrano, a partir de ese momento ministro-presidente; el impulso a la Delegación Nacional de Sindicatos, desde la que Gerardo Salvador Merino intentará poner en pie, con la ayuda de la ley de Unidad Sindical y la ley de Bases de la Organización Sindical, una estructura de poder sindical; la disolución de las agrupaciones católicas y tradicionalistas de estudiantes universitarios y su obligatoria asimilación por el Sindicato Español Universitario; la creación de la Sección Femenina y del Frente de Juventudes; la reserva ilimitada de puestos en las distintas comisarias, delegaciones, gobiernos civiles de la burocracia del nuevo Estado destinada a ex combatientes, camisas viejas, huérfanos, viudas; por no hablar, como dirá muchos años después Pedro Laín valiéndose de un elocuente eufemismo, de "los numerosos huecos producidos por nuestra Guerra de Liberación en el mundo intelectual y técnico", y ocupados por los vencedores a lo largo del decenio 1940-1950¹⁷.

A todo esto, que no era poco, se sumó en el frente exterior el derrumbe francés ante la ofensiva alemana: la capitulación de Francia, como lo sería la de Inglaterra, que por aquellos días se daba por descontada, significaba la confirmación tanto tiempo ansiada de que la nueva España marchaba por el buen camino: los falangistas vivieron los días de la derrota francesa y de la amenaza sobre Inglaterra "con el alma traspasada de impaciencia y de ambición en esta dura amanecida de un mundo que sólo nosotros supimos ver". Así, al menos, lo sentía Pedro Laín en las semanas inmediatamente anteriores a la salida de *Escorial*, inmediatamente posteriores a la caída de París¹⁸: no es el ánimo de un decepcionado por cómo iban las cosas en España y en el mundo. Y su amigo Salvador Lissarrague vivía embargado ante la inminente llegada del momento en que "una minoría revolucionaria encuadradora de la comunidad nacional en tanto que poseída de un designio político firme, claro, terminante, pusiera fin al caso peregrino de una Falange pendiente de conquistar el poder después de haber triunfado". Falange había triunfado pero no había conquistado el poder, tal era la paradoja. Para resolverla sólo quedaba un paso: que todos los puestos de la administración del Estado se atribuyeran al partido. La caída de Francia marcaba el único camino: "Europa tiene ya un régimen totalitario fuera del cual es perfectamente imposible vivir políticamente en ella"¹⁹. Ridruejo, siempre apasionado, escribía que la única, impar, pura y eterna Falange volvía a sentir el amanecer de la alegría en sus entrañas; siempre poeta, veía a su Falange con "una prisa alegre de vísperas ardiendo en la sangre". Tovar, por su parte, creía llegada la hora de la inteligencia actuando en política como razón revolucionaria para hacer tabla rasa de todo, derruir y limpiar, construir geométricamente, educar con conciencia, creer que la gimnasia es buena, razonar y recortar

¹⁷ Laín, "Informe respecto a la situación espiritual de la juventud española", diciembre 1955, en Roberto Mesa, *Jaraneros y alborotadores*, Madrid, 1982, p. 49.

¹⁸ Laín, "José Antonio y el hombre", *Arriba*, 29 octubre 1940.

¹⁹ Salvador Lissarrague, "Estado y partido en la coyuntura española", *Arriba*, 15 septiembre 1940.

espontaneidades: seguramente Antígona tenía también sus razones reaccionarias, dignas de ser comprendidas, pero la razón revolucionaria, la geometría de la Ciudad Nueva, pertenecía a Creonte. Y José Antonio Maravall se dejará también llevar de aquel clima de entusiasmo proclamando el totalitarismo como "régimen europeo": la victoria del que triunfa, escribía en 1940 después de la hecatombe de Francia, hace nacer el deseo de seguir su ejemplo; la guerra arrastra y hace desaparecer de la escena política aquellos tipos de organización ligados al inmediato pasado. Su consigna de principios de año, desterrar el liberalismo obedeciendo "la orden, el inexorable mandato de quien tiene la potestad absoluta, de quien es supremo señor, ungido para realizar la empresa actual de España", parecía por fin cumplida²⁰.

ESCORIAL, UN PROYECTO TOTALITARIO

Si todo esto es lo que escribían y esperaban los publicistas de Falange Española y sus ideólogos más cercanos en octubre de 1940, con Francia a los pies de Alemania, Inglaterra sometida a los bombardeos aéreos, y Serrano Suñer en la cima de su poder, recién elevado a ministro de Asuntos Exteriores, ¿cómo podría ser que en noviembre, cuando *Escorial* ve la luz, sus responsables y colaboradores se manifestaran como representantes de un falangismo liberal? Ciertamente, el tiempo pasaba, la revolución -o sea, Falange dueña de todo el poder- se demoraba y los militares reticentes ante el poder de Serrano reafirmaban sus posiciones, especialmente a partir de mayo de 1941, cuando en un reajuste ministerial, el coronel Valentín Galarza, un antifalangista confeso, se hizo cargo de Gobernación y Ridruejo y Tovar perdieron sus puestos en los servicios de propaganda. Por el momento, sin embargo, las espadas seguían en alto. El 19 del mismo mes, con la crisis de gobierno inusitadamente alargada, la presencia de Falange en el gobierno se incrementó con la entrada de José Antonio Girón, José Luis Arrese y Miguel Primo de Rivera, tres camisas negras, no precisamente de la cuerda de Serrano.

Estas luchas por el poder, entre falangistas y militares, de un lado, y entre los diversos estratos de falangistas, del otro, con católicos y monárquicos a la espera de tiempos mejores, en una situación tan dependiente en el volumen y la coloración de sus fluidos de la voluntad del Generalísimo/Caudillo, contribuyeron a reafirmar la identidad del grupo, falangista puro, de esencias joseantonianas, y a presentar su nueva revista como una publicación de Falange. Evidentemente, de liberalismo, en cualquiera de las múltiples acepciones del concepto, no hay ni el más lejano atisbo en la salida de *Escorial* a la calle. Todo lo contrario: lo que abunda en estos primeros números, en realidad hasta que Ridruejo ceda la dirección de la revista a José María Alfaro en otoño de 1942, es el réquiem por el liberalismo derrotado, la exultación por el triunfo del totalitarismo y la racionalización teórica del Estado totalitario como modo de organización de la gran potencia en su plenitud, "como modo de organización propio del Estado moderno en su fase cualitativamente

²⁰ Ridruejo, "La patria como síntesis", *Arriba*, 29 octubre 1940; Tovar, "Antígona y el tirano o la inteligencia en la política", junio 1942, en *Ensayos y peregrinaciones*, Madrid, 1960, pp. 13-35; José Antonio Maravall, "Desterrar el liberalismo" y "El totalitarismo, régimen europeo", *Arriba*, 27 febrero y 26 septiembre 1940.

diferenciada de gran potencia", según argumentaba con su característico vigor Javier Conde²¹.

No lo ocultaron, no disimularon lo que eran ni lo que, con su revista, se proponían. *Escorial* se publicó por iniciativa de Dionisio Ridruejo, que fue el inventor del título, Escorial, porque, como explicó en su "Manifiesto editorial", "esta es la suprema forma creada por el hombre español como testimonio de su grandeza y explicación de su sentido. El Escorial que es -no huyamos del tópico- religioso de oficio y militar de estructura: sereno, firme, armónico, sin cosa superflua, como un Estado de piedra", una simbología que, en sentido y forma, procedían directamente de Ernesto Giménez Caballero²². Fue también Ridruejo su primer director; fue él quien llevó como subdirector a Pedro Laín y quien tuvo el acierto, según lo califica el mismo Laín, de situar como secretarios de redacción a Luis Rosales y a Antonio Marichalar, el primero procedente de la revista *Cruz y Raya*, que José Bergamín había dirigido entre 1934 y 1936; el segundo, de *Revista de Occidente*, que José Ortega dirigió desde su primer número en 1923 hasta su desaparición en 1936. Existía, por tanto, en la intención de sus directores la voluntad expresa de conectar con la cultura de antes de la guerra, voluntad que queda de manifiesto en el elegante formato de la revista, su predilección por el ensayo, el considerable lugar que en ella ocupa la poesía, la abundancia de reflexión histórica, la amplia y diversa nómina de colaboradores²³.

Tal como ellos mismos lo dejaron claro en su "Manifiesto editorial", *Escorial* surgió con la voluntad de ofrecer a la Revolución española y a su misión en el mundo un arma y un vehículo. Revolución española, en noviembre de 1940, se sabe bien lo que era: hacerse Falange con el control completo de la administración del Estado, como reclamaba Lissarrague desde las páginas de *Arriba*; ocupar los falangistas todas las cátedras, controlar la Universidad frente al acoso de los sectores confesionales y eclesiásticos, como animarán Laín y Tovar a los estudiantes del SEU cuando vaya declinando el año 1941 y Falange vea cada vez más lejana la hora de la revolución²⁴. En definitiva, como protestará dos años después Ridruejo ante Franco, revolución era que el régimen entero estuviera ocupado por auténticos falangistas, por ese "grupo reducido" formado, según lo veía Laín, en torno al Caudillo, por "los hombres que sepan incorporar una creadora y pura actitud nacionalsindicalista - nacional-proletaria- al hecho de nuestra victoria militar y a la empresa inmediata de España"²⁵.

²¹ Francisco Javier Conde, "El Estado totalitario como forma de organización de las grandes potencias", *Escorial*, 23 (septiembre 1942), p. 384

²² Sultana Wahnon, *La estética*, p. 110.

²³ Recuerdos de la fundación de *Escorial*, Ridruejo, *Escrito en España*, pp. 27-28; Laín, *Descargo de conciencia*, pp. 285-287; Torrente, "Escorial en el recuerdo", pp. 61-65. Cfr. José-Carlos Mainer, "La revista Escorial en la vida literaria de su tiempo (1941-1950)", en Id., *Literatura y pequeña burguesía en España (1890-1950)*, Madrid, 1972, pp. 241-262.

²⁴ Conferencias de Laín y Tovar en el V Consejo Nacional del SEU celebrado en Alcalá de Henares en diciembre de 1941, ampliamente citadas por Miguel A. Ruiz Carnicer, *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965*, pp. 151-155.

²⁵ Ridruejo, "Carta a Franco", 7 de julio de 1942, en *Casi unas memorias*, pp. 236-238; Laín, *Los valores*, p. 38.

En *Escorial* lo dicen de la manera más elevada: rehacer la comunidad española, realizar la unidad de la Patria y poner a esa unidad al servicio de un destino universal y propio. Si se leen las coetáneas páginas de *Arriba*, la unidad de la Patria será la obra del Estado totalitario, y ese destino universal y propio consistía en participar con Alemania e Italia en la configuración de la nueva Europa. Es una tarea excitante, de magnitud y alcance histórico y para culminarla, *Escorial* dirige un llamamiento "a todos los valores españoles que no hayan dimitido por entero", a todos los que "no hayan servido de auxiliares en el crimen". A las gentes de pensamiento y de letras, a los que va dirigido este primer editorial, lo que se les exige desde *Escorial* es que vengan a llenar de su afán espiritual, de su trabajo y de su inteligencia, a un "régimen que bien justificado está por la sangre" y a empujar a la obra cultural española hacia una intención única, larga y transcendente. No, ciertamente; no había lugar para que con esta llamada fuera posible restablecer una comunidad "con equívocos y despropósitos"²⁶. Las cosas estaban claras.

A esta original exigencia y a este propósito se atuvo la trayectoria de *Escorial*. De lo que se trataba a finales de 1940 era de reconstruir una comunidad quebrada por dos posiciones históricas que propugnaban y practicaban la división, como escribirá Luis Díez del Corral en su exposición y apología de la Ley Sindical: el liberalismo y el socialismo. Frente a esos dos principios disgregadores, lo que *Escorial* proclama es "nuestro sentido orgánico y unitario, nuestro rabioso unitarismo"²⁷. Y como ese unitarismo rabioso no acababa de llegar, a medida que el dominio nazi se extiende con la ofensiva contra la Unión Soviética, los acentos se vuelven más perentorios. Apóstoles de una moral nacional, los redactores de *Escorial* sienten la ocasión incitante para la Patria que, alejándoles de la abstención cobarde, nos enseña donde ha estado y está el enemigo. Bajo la consigna de "orden europeo nuevo" se esconden ideas nobles y útiles. Pero lo importante es que el orden de ayer, el orden liberal y democrático de Europa, el orden de Ginebra y de Versalles, no pudo ser peor para la Patria. Y esta constatación es la que eleva los ánimos y enverdece las palabras de *Escorial*: la ira contra Francia que Ciano percibió en Serrano se amplía ahora en la "ira contra Europa" que se extiende hasta más allá de los tiempos de la ilustración, más allá del siglo de Luis XIV, hasta alcanzar a la reina Isabel y sus piratas. Ira que muy pronto se convertirá en una propuesta de beligerancia: *Escorial* quiere entrar en la guerra²⁸.

Por eso, más allá del siempre cauto Caudillo, *Escorial* se declara beligerante. Nosotros somos los falangistas que escribimos *Escorial*, dicen en su editorial de junio de 1941, no por casualidad mes en que Alemania invadió la Unión Soviética. Nosotros tomamos posición ante el hecho enorme de la

²⁶ "Manifiesto editorial", *Escorial*, 1 (noviembre 1940). Para un análisis de sus contenidos políticos, Manuel Contreras, "Ideología y cultura. La revista *Escorial* (1940-1950)", en M. Ramírez, coord., *Las fuentes ideológicas de un régimen (España 1939-1945)*, Zaragoza, 1978, pp. 55-80.

²⁷ Luis Díez del Corral, "Hechos de la Falange. Comunidad Nacional Sindicalista", *Escorial*, 2 (diciembre 1940) pp. 326-328. Cfr. la serie de artículos que Maravall dedicó a comentar la Ley de Bases de la Organización Sindical en *Arriba*, enero-marzo de 1941 y la exaltación de los valores del nacionalsindicalismo que Pedro Laín publicó para la ocasión y que Maravall reseñó en "Laín Entralgo, Pedro, 'Los valores morales del Nacionalsindicalismo'", *Revista de Estudios Políticos*, 1: 3 (julio 1941) pp. 563-566.

²⁸ "Ante la guerra", *Escorial*, 4 (febrero 1941) pp. 159-164.

guerra, de esta guerra universal y terrible que a todos obliga a tomar partido. El repertorio de posiciones posibles es muy escaso: la muerta, que es inercia e indiferencia; y la viva, que por vida es temblor, angustia, inquietud y batalla, pasión, partido y combate. La elección es clara: la viva, es decir la beligerancia. ¿Contra quién?: de una parte, el comunismo, desde luego; la fe en Jesucristo y la creencia en el hombre portador de valores eternos así lo exige. Pero esa misma creencia obliga también a situarse frente al capitalismo: contra él, por la misma causa, es el combate de *Escorial*. Pero aún hay más: Juramos defender la unidad del hombre, frase que encierra la pavorosa realidad de que el hombre está partido. Y ¿quien lo partió, quién hizo perder al hombre su unidad? Pues nada menos que la monstruosa alianza del capitalismo con el liberalismo democrático. He ahí por tanto la tarea de *Escorial*: "como no hemos encontrado la fórmula de separar la democracia liberal del capitalismo, contra una y contra otro nos proclamamos beligerantes". No por motivos de política internacional, de ansias de imperio, sino "por la sagrada unidad del hombre, por la comunidad de los hombres en Dios y en la Patria". Y así será siempre porque así fue desde el principio, "porque el combate que la Falange empeñó antes del primer tronar de las ametralladoras en las calles desapacibles de España, contra el marxismo y contra el liberalismo de izquierdas y de derechas fue ante todo dialéctica de puños y pistolas"²⁹.

No se trata por tanto en esta denuncia de, y combate contra, el liberalismo de una exigencia meramente política: en Falange, entendida al modo en que la viven los hombres -no hay ni una sola mujer en *Escorial*- que hacen la revista, se ha establecido el primado de la contemplación y de la voluntad religiosa y poética, como escribirá Sánchez Mazas. Eso es lo que les diferencia de los otros movimientos que en Europa puedan parecer afines. Por esa voluntad religiosa y poética, base del Imperio, por esa decisión de situar al cristianismo como origen y fuente de la revolución poética, los falangistas que hacen *Escorial* tendrán como misión primera acabar con la pedantería que procede del Renacimiento, que se agrava en el siglo XVII y que acaba su carrera humanística en el liberalismo, en el personalismo, en el subjetivismo³⁰.

La beligerancia que *Escorial* proclama en el primer semestre del año 41, se convierte en el segundo, cuando "ya están allá -en las llanuras donde Europa linda con el Infierno- nuestros mozos voluntarios", en decisión de formar parte de la vanguardia que construye el "Nuevo Orden Europeo". En efecto, para este grupo de falangistas, no sería lícito dudar sobre el puesto de España, de nuestra España, en la construcción del nuevo orden del mundo. La historia y la sangre señalan un lugar eminente. El mundo caduco que ha sucumbido ante el ímpetu del este nuevo orden fue "quien puso su pie en nuestro cuello", el culpable de que durante dos siglos haya vivido España en servidumbre. El deber, pero también el derecho, que impone la sangre de nuestros más reciente muertos consiste en formar en los cuadros "de ese proclamado y nonnato Orden Nuevo". España deberá añadir algunos acentos de su voz a ese naciente concierto cultural del nuevo orden europeo³¹.

²⁹ "Nosotros ante la guerra", *Escorial*, 8 (junio 1941) pp. 325-329.

³⁰ Rafael Sánchez Mazas, "Textos de una política de arte", *Escorial*, 24 (octubre 1942), pp. 6-7.

³¹ "La cultura en el nuevo orden europeo", *Escorial*, (enero 1942), pp. 5-7.

No será preciso insistir más: por su contenido político e ideológico, *Escorial* fue una revista beligerante contra el liberalismo; una aliada consciente, con verdadera ansia de formar parte de su vanguardia cultural, del totalitarismo, régimen que sus colaboradores propugnaron durante todos esos meses desde las páginas de otras publicaciones de Falange. ¿Habría sido, entonces, liberal el grupo y la revista por su talante, por no hacer distinciones, por tender la mano a todos los que, vencedores o derrotados en la guerra civil, tuvieran algo que decir? Este es, en efecto, el hecho que los protagonistas de esta historia dan por supuesto en sus recuerdos: que *Escorial* fue una empresa de "integración de valores", que allí se dio acogida sin preguntar por el pasado, que en ella pudieron recalar intelectuales que habían sufrido la depuración, que vivían en un exilio interior, o que tropezaban con infranqueables obstáculos en cualquier otra publicación. La nómina no es, ciertamente, desdeñable. En *Escorial* escribieron, como recuerda Laín, muchos de los congregados en Burgos: Ridruejo, Tovar, Rosales, Vivanco, Torrente, Conde, Salas, Alonso del Real, el mismo Laín. Escribieron también falangistas de antes de la guerra civil: Montes, Alfaro, Santa Marina, Aguado, Ros. Jóvenes con su carrera literaria o publicista recién iniciada: Caro Baroja, Cunqueiro, Corral, Gómez Arboleya, Maravall, Marías, Muñoz Rojas, Orozco, Panero, Martín de Riquer, Sopeña, Suárez Carreño. Y no pocos que antes de 1936 habían brillado con luz propia: Dámaso Alonso, Azorín, Baroja, Cossío, Diego, Almagro, García Gómez, Lafuente, Marañón, Menéndez Pidal, D'Ors, Zaragüeta, Zubiri. Son los que Laín recuerda, son los que cualquiera puede corroborar recorriendo los índices de su colección. *Escorial* les abrió las puertas: antiliberal por su contenido, *Escorial* habría sido entonces liberal por su actitud.

¿Qué hay de esto? Es indudable que, entre los promotores de la revista, *Escorial* dejó una huella profunda, que su recuerdo ha perdurado y ha sido renovado cada vez que tuvieron ocasión de mirar hacia atrás, hacia lo que fueron y lo que proyectaron en aquellos años, para ellos tan excitantes, de la primera posguerra. Pero las huellas o trazas de los acontecimientos del pasado no son como registros de ordenador, siempre idénticos a sí mismos, sino que se reinterpretan y representan continuamente: son como "trazas que los hechos han dejado para ser interpretadas y analizadas más adelante"³². La memoria individual de un acontecimiento que ha dejado su huella en la corteza cerebral o en nuestra vida afectiva cambia con el tiempo. Lo mismo vale también para la memoria social, sea privada o pública: a pesar de las políticas de la memoria que pretenden fijar para siempre una imagen del pasado, idéntica a sí misma, cargada de los valores y las emociones del momento, y edifican monumentos duraderos, de mármol, o establecen rituales conmemorativos, la representación social del pasado cambia con el tiempo, adaptándose a las nuevas informaciones recibidas o elaboradas y a las nuevas experiencias vividas por quienes fueron testigos de aquellos acontecimientos.

La posibilidad de modificación de la memoria, o más exactamente, la posibilidad de que los acontecimientos del pasado puedan ser continuamente re/presentados, re/creados, re/interpretados, abre un amplio campo a la voluntad individual y a la decisión política. El ejercicio de la memoria por parte

³² Alberto Rosa, Guglielmo Bellelli y David Barkhurst, "Representaciones del pasado, cultura personal e identidad nacional", en Id., *Memoria colectiva e identidad nacional*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, p. 43.

de aquellos falangistas que soñaban con un régimen ocupado de arriba abajo por ellos no podía dejar de modificar, desde cada presente en que ese ejercicio se realiza, lo que fueron en el pasado. No se trata aquí de calificar como impostura el contenido de ese recuerdo y adoptar ninguna airada ni sarcástica forma de denuncia. Esa actitud, para el ejercicio de la comprensión histórica, no conduce a nada; sólo tal vez a la autosatisfacción de quien se cree más listo o más auténtico que aquellos a quienes estudia. Como tampoco conduce a nada la voluntad de ocultar lo que fueron tal como ha quedado registrado, no en la memoria de los protagonistas, sino en las manifestaciones públicas de su pensamiento o de su acción: saltar por encima de sus biografías, calificar lo que en un momento fue esencial para ellos como algo episódico y sin sustancia; peor aún, justificarlo con el argumento de la circunstancia histórica. Se trata aquí de otra cosa: de saber por qué habiendo sido fascistas, habiendo soñado con implantar un régimen totalitario y habiendo pugnado por que España ocupara un puesto de vanguardia en la construcción del nuevo orden europeo, reinterpretaban aquel momento como un momento liberal y se tuvieron a sí mismos como liberales.

La respuesta más inmediata y más obvia es: porque cuando hablaron de su pasado lo eran; porque, en el momento de recordar, habían llegado a ser liberales y hasta demócratas; porque, como recuerda Torrente, "hoy [o sea, en 1968] mantienen actitudes del más amplio liberalismo"; porque, como dice González de Cardedal a propósito de Aranguren y de sus recuerdos de las Conversaciones Católicas de Gredos, "releyó su historia anterior a la luz de su posterior actitud", lo que habría dado lugar a "una malinteligencia y una malinterpretación". La memoria, como la historia, siempre está en relación con preguntas y exigencias planteadas por el tiempo presente. Tenía razón Benedetto Croce cuando afirmaba que las demandas prácticas que latían bajo cada juicio histórico dan a toda la historia el carácter de historia contemporánea. Contamos el pasado requeridos por las necesidades del presente y, por tanto, es una pretensión ingenua aspirar a un relato histórico objetivamente verdadero y válido para cualquier tiempo y lugar. Lo mismo vale para la memoria: recordamos o echamos al olvido según lo que el presente requiere que hagamos con las huellas del pasado. Cuando Torrente Ballester escribe, a propósito de la transición a la democracia, que ellos, desde *Escorial*, en los primeros años 40, quisieron hacer algo parecido, está reinterpretando aquel pasado a partir de una experiencia del presente que modifica por completo el sentido de su acción pero que adquiere un sentido nuevo sólo para quien ha vivido la dos experiencias y busca encontrar un hilo, una coherencia, entre ellas. Es, por lo demás, la explicación que ofrece Juan Marichal cuando afirma que la trayectoria biográfica de Laín y Ridruejo demuestra que los propósitos conciliadores de *Escorial* respondían a una verdadera voluntad de convivencia. Se trata, en este caso, de iluminar lo que se fue en el pasado por lo que se ha llegado a ser en el presente³³.

Pero que desde un presente liberal hayan recordado sus primeros pasos públicos como liberales no era en modo alguno obligado ni es la manera adecuada de dar cuenta del pasado: *Escorial* nunca fue liberal, ni ahora, ni

³³ Olegario González de Cardedal, "Semblanza de Alfonso Querejazu", en *Afonso Querejazu, Joaquín Garrigues. Correspondencia y escritos (1954-1974)*, Madrid, 2000, p. 49; Juan Marichal, "Modalidades del pensamiento político bajo la tiranía", en *El secreto de España*, Madrid, 1995, pp. 314-315.

después. Sus promotores pudieron haber reconstruido una trayectoria que les llevó -a ellos, no a la revista- del fascismo y totalitarismo al liberalismo y la democracia, fuera ésta católica o social, interpretando como fascista y totalitario su proyecto de 1939 y los instrumentos en que ese proyecto plasmó, entre ellos, *Escorial*. Pues esa voluntad de integración de intelectuales de distinta procedencia en un proyecto de reunificación nacional, de rehacer la unidad de la Patria, esa confesada asunción de lo que de valioso encontrara el grupo en la herencia de quienes le precedieron o de quienes, habiendo sufrido la derrota, quisieran incorporarse a su proyecto, puede ser perfectamente entendida en términos fascistas, como una repetición de la política cultural seguida por Gentile en Italia, en los años 1925-1926, cuando intentó "atraer a la órbita del fascismo a intelectuales de diversa extracción ideológica, no en nombre del partido fascista sino de la cultura nacional"³⁴. Lo nacional por encima del partido en un tiempo en que el partido, por no haber logrado todavía su objetivo de totalitaria revolución nacional, estaba aún lejos de identificarse en la práctica con la nación.

En España la atracción se ejerció sobre derrotados, a veces exiliados, otras depurados o sometidos a consejos de guerra, lo que da en sus primeros momentos a toda esa política cultural el aire de un expolio. En una reflexión de fecha tan tardía como 1952, en pleno enfrentamiento con los intelectuales católicos neoautoritarios del Opus Dei que se expresaban en *Arbor*, Dionisio Ridruejo les recordaba que el "modo único de quitar al adversario la parte de razón que tiene o tuvo es el de hacerla propia cuando se le ha vencido". No podría definirse mejor la naturaleza de la política cultural fascista de integración del adversario: ante todo, vencerlo; una vez vencido, "absorberlo, asimilarlo y convertirlo". Y por si no quedaba claro en qué consistía exactamente el empeño, todavía un año después volverá Ridruejo a lo mismo descubriendo el despojo del adversario que caracterizaba su propuesta. Le parecía una imperdonable falta de curiosidad "la de no tratar de averiguar qué datos de la realidad aconsejaron al liberal para ser liberal o laico y al marxista para ser marxista"; imperdonable falta, y aquí radica toda la sustancia del asunto, porque "el único modo de destruir el partidismo es desvalijarlo de todas sus razones y actitudes y a eso llamamos superación". Gentile se había propuesto superar al liberalismo y al socialismo fundiéndolos en una síntesis superior, el fascismo; Ridruejo, frente a los excluyentes, se tenía por comprensivo porque pretendía destruir a sus contrarios asumiéndolos: "Ni absolutistas ni liberales, ni tradicionalistas ni revolucionarios, ni derechistas ni izquierdistas han sabido en España destruir a sus contrarios asumiéndolos"³⁵.

Quitar al adversario su parte de razón haciéndola propia después de vencido; destruir a los contrarios asumiéndolos: esa política, perfectamente fascista, conduce sin embargo a considerar "importante la razón del adversario" y abre por tanto una política de "comprensión" hacia aquella razón. Para eso, era preciso, si ya habían muerto, acercarse a su obra, leerlos, interpretarlos, cribar el grano de la paja, limpiarlos de lo nocivo para finalmente hacer propio

³⁴ Como escribe Gabriele Turi, "Fascismo e cultura ieri e oggi", en A. del Boca, M. Legnani y M. G. Rossi, *Il regime fascista. Storia e storiografia*, Roma-Bari, 1995, pp. 545-546.

³⁵ Dionisio Ridruejo, "Excluyentes y comprensivos", *Revista*, 17 abril 1952 y "Meditación para el 1º de abril", *Arriba*, 1 abril 1953, en *Casi unas memorias*, pp. 301-303 y 322-325

lo saludable; encontrar su "yo esencial" sin dejarse "enredar en esta o la otra peripecia de su yo accidental", como proponía Laín en el primer y relativamente temprano homenaje editorial dedicado por su grupo a Antonio Machado, a quien Aranguren definía como hombre verdaderamente religioso que, si "católico nunca lo fue, acaso habría llegado a serlo"³⁶. Lo mismo si estaban vivos: tender la mano, ofrecer la oportunidad de expresarse, poco a poco, primero una reseña de algún libro inocuo, luego un pequeño ensayo que no levantara suspicacias. En la práctica, en un medio dominado por la política cultural de la Iglesia de exterminar al disidente, de censura y prohibición de leer y publicar a los autores "venenosos", esa actitud exigía entrar en contacto con ellos, abrir las puertas de los espacios de sociabilidad, las tertulias, los encuentros, las conferencias, los seminarios. Esa fue la política que siguió Laín, así estableció el trato con algunos colaboradores de *Escorial* que no procedían de Falange, como fue el caso de Julián Marías: "me expresó su deseo de que colaborase en *Escorial*; no por ahora un ensayo, precisó; sería peligroso; pero sí una nota sobre algún libro"³⁷. Y será la ausencia de esa política lo que echarán en cara a quienes Ridruejo llamó excluyentes, a quienes Laín llamará confinados, es decir, a los católicos que les combatían desde las páginas de *Arbor*.

Pues la política de comprender la razón del vencido para integrarlo en el proyecto común tropezó de inmediato con la dura oposición levantada desde otro frente de la coalición vencedora, el formado por antiguos miembros de *Acción Española* que habían recibido la transfusión de nueva sangre procedente del Opus Dei. No es un dato baladí: los que emprenderán las duras batallas ideológicas y políticas del decenio 1948-1957 representan una nueva manera de ser intelectual en España que, si debe mucho de su teoría a Acción Española y no poco de su práctica a la ACNP introducen una sustancial novedad: vienen guiados por el ideal calvinista de la santidad en el mundo. Comparten no ya redacciones de revistas y secciones de periódicos, como aquella intelectualidad formada en torno a Ortega; coinciden no sólo en su vinculación a una institución dotada de una sólida burocracia, la Iglesia católica, o en su asistencia y participación a círculos de estudio, como los propagandistas; pero además de redacciones de revistas, dirección de instituciones culturales, asistencia a tertulias y círculos, los intelectuales del Opus Dei comparten también residencia, unos, los numerarios, como vivienda, otros, los supernumerarios, como espacio habitual de sociabilidad. No son intelectuales aislados, cada cual buscando como puede su espacio público, en el periódico, en la conferencia, a la manera del 98; no forman parte de una minoría selecta a la manera orteguiana, en la redacción de revistas, en el impulso a ligas y agrupaciones destinadas a influir en la política; ni siquiera son selectos llamados a conquistar el mundo en la reforzada manera de los propagandistas, ocupando cátedras, aspirando a puestos en los altos cuerpos de la burocracia del Estado; son otra cosa: grupo de presión, los define enseguida Vicente Marrero, que tuvo el honor de conocerlos y trabajar con

³⁶ Pedro Laín, "Desde el tú esencial", y José L. López Aranguren, "Esperanza y desesperanza de Dios en la experiencia de la vida de Antonio Machado", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 11-12, (septiembre-diciembre 1949), pp. 237-238 y 396.

³⁷ Julián Marías, *Una vida presente. Memorias I*, Madrid, 1988, p. 307

ellos³⁸, pero la definición es insuficiente, si no engañosa: no se contentan con presionar desde fuera, quieren también ocupar posiciones de poder. Son otra cosa: una congregación formada por lo que Weber llamaría "santos en el mundo", al modo calvinista, con el añadido, que viene del modo católico, de fuertes vínculos jerárquicos y corporativos entre los miembros de la comunidad de creyentes.

Desde las posiciones de poder cultural conquistadas por esta facción durante la posguerra, su única política ante los vencidos consistió en negarles la existencia, en tenerles por cumplidamente exterminados: eran culpables de un horrendo crimen de lesa patria, habían sido derrotados, fueron destruidos y bien enterrados estaban. Tratar con ellos, leer sus obras, si no era con ánimo de enviarlas al Índice de libros prohibidos; intentar rescatar de la ruina cualquier resto valioso de su naufragio no sólo estaba fuera de lugar sino que atentaba contra el significado del 18 de julio, era una muestra de debilidad propia del siglo liberal que ponía en peligro lo conquistado en aquellas fechas y reiniciaba la pendiente hacia una nueva catástrofe. Todo el debate que enfrentará en los años cincuenta a los intelectuales católicos "excluyentes" con los "comprensivos", girará precisamente en torno a qué hacer con los no católicos, si buscar en ellos lo verdadero y valioso para hacerlo propio, como proponían Ridruejo y Laín, o arrojarlos a las llamas del infierno, como respondían, por ejemplo, Pérez Embid o Jesús Arellano.

Fue el enfrentamiento con los que proclamaban la clase de "santa intransigencia" defendida por Pérez Embid o Arellano, lo que modificó los objetivos de aquella política que Ridruejo definía como destruir al contrario asumiéndolo, reinterpretándola, en lo político, como apertura y liberalismo, y en lo cultural como comprensión y arrojo, o sea, como voluntad de entender lo que de valioso existiera en las tradiciones derrotadas saliendo en el empeño fuera de sí, arrojándose al exterior. Aquella división de los intelectuales católicos en excluyentes y comprensivos, propuesta por Ridruejo, será reinterpretada por Laín en octubre de 1957 como división entre confinados y arrojados³⁹. En efecto, cuando a consecuencia de las manifestaciones y protestas universitarias de febrero de 1956, Ruiz-Giménez, Pérez Villanueva, Laín, Tovar perdieron el ministerio y los rectorados, y dejaron de ocupar posiciones de poder, se alejaron del régimen, se sintieron expulsados de la "vida católica oficial", denunciados y hostigados por la ortodoxia militante flanqueada por religiosos y frailes de diversa especie, jesuitas, dominicos, franciscanos, y comenzaron a hablar un lenguaje de democracia⁴⁰. Volvieron a ser intelectuales en el sentido original del vocablo: gentes que participan en el debate público con las solas armas de la palabra y la escritura; eso fue lo que acabó por hacerles liberales por ser insultados como tales por sus adversarios

³⁸ Según lo escribe en el primer intento de dar cuenta de estas batallas, *La guerra española y el trust de los cerebros*, Madrid, 1961, p. 494.

³⁹ Pedro Laín, "El intelectual católico en la sociedad actual", octubre 1957, en *Ejercicios de comprensión*, Madrid, 1959, pp. 42-54.

⁴⁰ En su "Declaración personal e informe polémico sobre los sucesos universitarios de Madrid en febrero de 1956", atribuyó la caída de Ruiz Giménez a "las rudas embestidas de tal o cual organización sectaria y no pocas zonas de la jerarquía eclesiástica", y escribió "la palabra Democracia de manera colecticia y penúltima, sin superstición y con pena de no encontrar a mano otra menos equívoca", *Casi unas memorias*, pp. 339-342.

católicos y reconocidos como lo mismo por sus principales enemigos de la guerra civil, los comunistas⁴¹.

Pues una vez despojados de cargos políticos, y desaparecida desde hacia más de diez años la referencia fascista, aquella política cultural que consistía en tratar de entender la parte de razón de los vencidos para, una vez purificada, asumirla en un proyecto común, católico, nacional y totalitario, no podía ser interpretada sino en términos de apertura y liberalización. A la altura de 1956, cuando fueron expulsados del Ministerio, el fascismo llevaba ya once años derrotado en Europa y el ideal de una solución española, católica, a la cuestión del Estado había naufragado; ni fascismo ni estado nacional-católico, sólo pudieron pensarse a sí mismos como liberales y sólo pudieron atribuir su salida del Ministerio a su intento aperturista, rápidamente connotado de liberalizador. De este modo, llegaron a verse a sí mismos como liberales desde su origen, pues que desde el mismo origen habían estado empeñados en un combate con la facción reaccionaria y, en no menor grado que ellos, católica de la coalición vencedora en la guerra civil. Interpretaron su primera derrota, la salida de Serrano Suñer del Ministerio de Asuntos Exteriores y de todas las posiciones de poder político en septiembre de 1942, la pérdida de *Escorial* y el simultáneo ascenso de los católicos oficiales al poder, como fracaso de un intento de liberalización, cuando en realidad fue el fracaso de un proyecto de fascistización, el más avanzado de los que nunca se plantearon en España. Y llegaron a creer que su experiencia de poder entre 1938 y 1942 había sido como una especie de ensayo general con todo de lo que habría de sucederles otra vez entre 1951 y 1956, cuando asumieron con similar entusiasmo puestos de dirección en el Ministerio de Educación Nacional hasta que fueron nuevamente derrotados y su segundo y último valedor, un católico, procedente de la ACNP, que durante la guerra había recorrido los campos de batalla de España vestido con la camisa azul, y en los primeros años de la posguerra había dirigido la incorporación de la Confederación de Estudiantes Católicos en el SEU, fue destituido, cómo no, por sus tendencias "liberalizantes y democratizantes"⁴².

⁴¹ En la resolución política "Por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífica del problema español", de junio de 1956, el PCE catalogaba de "movimiento liberal" al grupo de Laín, Ridruejo, Marañón y los dirigentes universitarios encarcelados.

⁴² Ruiz-Giménez evocó su camisa azul en las emotivas palabras de despedida como ministro de Educación Nacional, *ABC*, 17 de febrero de 1956, y recuerda su pasado político como católico liberal en "¿Hubo una estrategia de cambio en la Iglesia?", *XX Siglos*, IV: 6 (1993), 149-151.